

CAPITULO


CENTRO
EDITOR
DE AMERICA
LATINA

la historia de la literatura argentina

24

La vuelta del siglo:
Almafuerte



CAPITULO

la historia de la literatura argentina

24. La vuelta del siglo:

Almafuerte

Este fascículo ha sido preparado por el profesor Roberto Corvalán Posse, redactado en el Departamento Literario del Centro Editor de América Latina, y ha tenido una lectura final a cargo del profesor Adolfo Prieto.

CAPITULO constituirá, a través de sus 56 fascículos, una Historia de la Literatura Argentina, ordenada cronológicamente desde la Conquista y la Colonia hasta nuestros días. El material gráfico con que se ilustrará la Historia, estrechamente vinculado con el texto, brindará a los lectores una visión viva y amena de nuestra literatura y del país. Cada fascículo será, a su vez, un trabajo 'orgánico y completo sobre un aspecto, tendencia, período o autor de nuestras letras.

En CAPITULO N° 25:

EL MODERNISMO

- RASGOS DEL MOVIMIENTO
- DARIO EN BUENOS AIRES
- EL MODERNISMO LATINOAMERICANO
- LAS FUENTES DE LA EXPERIENCIA MODERNISTA
- EL MODERNISMO ARGENTINO Y LUGONES
- LEOPOLDO DIAZ Y SU OBRA

y junto con el fascículo, un libro que comprenderá una **ANTOLOGIA** de la poesía modernista argentina.



La vuelta del siglo: Almafuerte

Si en la generación del 80 se dieron rasgos comunes a ciertos grupos de escritores —el naturalismo, la prosa fragmentaria— que parecieron caracterizar toda esa época literaria marcándola con un sello propio, el estudio atento de todos y cada uno de los hombres notables que vivieron y produjeron en esos años revela una variedad y una diversificación de posiciones y tendencias que distan mucho del esquema tradicional con que suele identificarse a esta época. Aparte lo que puede separar a un Guido y Spano o un Obligado de los prosistas tipo Cané o los novelistas del naturalismo y del 90 —y lo que los separa a ellos mismos entre sí— el lector ha podido comprobar que el mosaico de la literatura de fin de siglo muestra también personalidades singulares, solitarias, difíciles de incluir en un grupo o tendencia reducible a características comunes. Nadie, en este sentido, más rebelde a toda definición genérica que Pedro Bonifacio Palacios (1854-1917), vastamente conocido para el público argentino por el seudónimo de Almafuerte. Solitario, de una personalidad “agresivamente original, vivió, escribió y luchó siempre desde el fondo, a veces hosco y siempre austero, de un individualismo indomable.



Pedro B. Palacios, “Almafuerte”

Su vida: Nació el 13 de mayo de 1854, en San Justo, localidad de la provincia de Buenos Aires, del partido de la Matanza. Vicente Palacios y Jacinta Rodríguez de Palacios fueron sus progenitores. Sólo contaba cinco años cuando se produjo la muerte de la madre. Llevado a casa de sus abuelos, creció lejos del calor paternal, ya que su padre se desentendió muy pronto de su hijo. Estas primeras experiencias debieron sin duda gravitar poderosamente en su desarrollo posterior. Ya adolescente, intentó dedicarse a la pintura, y solicitó una beca para perfeccionar sus estudios en el viejo mundo, que le fue negada. A los dieciséis años des-

Lo autobiográfico en Almafuerte

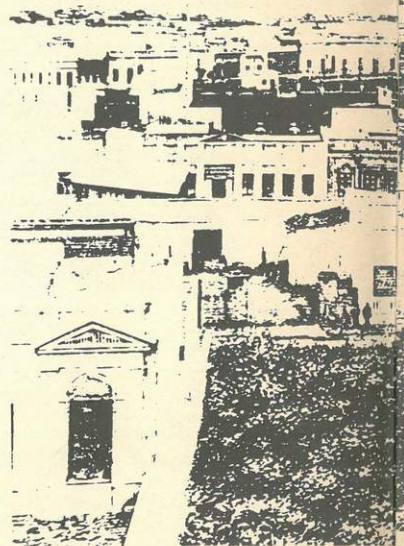
La obsesión del yo, que como una nota general del romanticismo maduro constituye por un lado el desarrollo del subjetivismo propio de esa tendencia y por otro del individualismo que desde un comienzo lo acompaña y que, favorecido por características sociales e históricas, se acentúa con el desarrollo de la sociedad moderna hasta asumir formas de introversión y soledad agresiva, es una nota infaltable, en mayor o menor grado según los individuos, en la literatura del 80. Pudo versele asumir diversas formas, según se tratara de un Mansilla, un Wilde, un Cané. En Almafuerte, esta obsesión del yo se da más bien en la tendencia a imponer su propia personalidad, en afirmarla mediante el apóstrofe y la admonición continuos, que en lo anecdótico. No relata demasiado de su propia vida, aunque puede sentirse la complacencia vanidosa con que recuerda episodios personales o explica o defiende los casos en que le tocó actuar. Pero en cambio se exhibe con toda sinceridad, con una franqueza en cierto modo espectacular y hasta efectista en sus versos. Merece recordarse, a este respecto, aquella estrofa de “El Misionero”, donde a la vez que una orgullosa proclamación de su sinceridad, su pobreza y su altruismo, se trasluce una casi egocéntrica aprobación de sí mismo: Yo tuve mi covacha siempre abierta para cualquier afán falaz o cierto, y tan franco, tan libre, tan abierto, mi hermoso corazón como mi puerta. Del mismo modo, con la misma soberbia y desdén por sus enemigos, declara sin reticencias ni inhibiciones

su propia grandeza cuando le toca dirigirse a sus detractores:

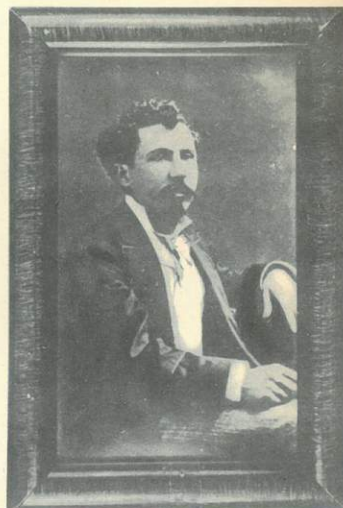
Yo recibí el sarcasmo pestilente
que de los senos presidiarios corre
como el santo de piedra de una torre
las caricias del sol sobre su frente.

perió su vocación de maestro, después de educarse en una escuela de Buenos Aires de la que llegó a ser preceptor. Aunque no poseía título oficial, empezó a ejercer en las escuelas de la Piedad y Balvanera de Buenos Aires. Poco después lo hizo en Mercedes, Chacabuco, Salto y Trenque-Lauquen, y a partir de 1870 se hizo cargo de la dirección de una pequeña y miserable escuela de campaña, que recibió un día la visita de Sarmiento. Debíó luchar denodadamente contra la falta de medios y la incomprensión de los lugareños, fabricándose con su propia mano los bancos y los elementos más indispensables de la escuela. Pero a pesar del estímulo que significó para él la visita y el aplauso de Sarmiento, debíó renunciar a su cargo, quizás por carecer de título profesional, quizás por razones privadas. Lo encontramos más tarde desempeñando un cargo de prosecretario en la Cámara de Diputados de la provincia de Buenos Aires y luego ejerciendo las funciones de bibliotecario y traductor de la Dirección General de Estadística de la misma provincia.

Se radicó en La Plata alrededor de 1887. Después de desempeñarse como periodista en el diario *Buenos Aires*, se trasladó en 1890 a la Capital Federal. Poco más tarde regresó a la ciudad platense como director del diario *El Pueblo*. Su labor periodística fue por entonces prolífera e intensa. Sus artículos y sus poemas, siempre incisivos y combativos, fueron firmados desde entonces con el seudónimo de Almafuerte, y suscitaban apasionados ataques y defensas. Vuelto a la escuela de Trenque-Lauquen, y cuando se disponía a continuar con sus sueños de guiar y de enseñar a la juventud, en 1896 fue declarado cesante por "cuestiones políticas". En rigor, Almafuerte, como lo afirma Ernesto Morales, jamás tuvo, a pesar de sus incursiones polémicas en los problemas cívicos de su época, un "ideal político". Salvo en



La ciudad de La Plata hacia 1895



Almafuerte (fotografía de 1880)



BOITAGES DE ERNESTO MINARDI

Apóstrofe

II

Montecarlo regonante, - amoral y regonante,
amoral y atrabiliario, -
como aquellos fedéricos, tus abuelos,
como a aquel tu viejo primo que arrojara a los osos:
Tragicoómico.

Personaje de Molíere incorporado a la técnica de Hugo:
un mediocre, un secundario,
con desplantes de actor, declamatorio y homicida,
medio histrión, medio chacal.

Dulcamara de las artes y las letras
que profanos los prodigios del ingenio
grave y hondo,
noble y fuerte,
de los jóvenes artistas de Alemania,
con los necios caracoles petulantes
y los místicos romiendos incongruentes
de tu inflada medicina,
de tu enorme fatuidad.

Manuscrito de Almafuerite

ALMAFUERTE

APÓSTROFE

(POEMA)



ANÁLISIS DE NUESTRO
POETA SIN CRÍTICAS DE NUESTROS CRÍTICOS
INCOMPETENTES, SOBRESOBRIANES.

ALMAFUERTE.

(Hondo Uff del Premio)

MONTEVIDEO
1917

Portada de la edición
de 1917 de Apóstrofe

el caso de su postura netamente antigermanófila que ha quedado documentada en su célebre "Apóstrofe" en contra del emperador de Alemania durante la Primera Guerra Mundial.

Establecido definitivamente en La Plata, la soledad y la pobreza fueron hasta su muerte sus únicas compañeras. Como se definiera él mismo, no fue jamás "un literato sino un predicador". Su bohemia empedernida lo llevó a rechazar todos los cargos que se le ofrecieron por aversión a la burocracia que anatematizó implacablemente. Proclive a los exabruptos, a los mal disimulados arranques de cólera, a una verbosidad torrencial, su vida pareció oscilar entre el desasosiego y la exaltación. Estos rasgos se reflejan, sin duda, en sus versos. Pero a pesar de que no fue ciertamente un poeta de alta escuela, un artista consumado, su obra y su figura continúan atrayendo sobre sí el interés curioso del lector, que no deja de advertir en la prosa de tono profético o el verso inflamado de Almafuerite la presencia de una vigorosa y rica personalidad.

Cientos de anécdotas definen o ilustran su modo de actuar o de resolver las más diversas situaciones. Alfredo J. Torcelli, en el prólogo a sus *Poesías* (1933), afirma que Almafuerite era "hipersensible e hiperimpulsivo". La preocupación económica fue una de sus torturas constantes, pero no llegó a doblegarlo. Lo sostenía una fe casi fanática en sí mismo y en lo que juzgaba su misión.

Hacia 1906 y 1907, la pobreza se hizo extrema. Deprimido, exaltado a veces, otras al borde de la desesperación, recurrió a la bebida. Pero no fue nunca un dipsómano. A pesar de todo, no cejó en sus gestos de generosidad desmesurada. Adoptó cinco niños, que protegió como hijos, y en plena pobreza se privó de sus escasos

muebles para cederlos a un novio cuyo casamiento se veía postergado por la carencia de ese ajuar.

Después de su muerte, acaecida en La Plata el 28 de febrero de 1917, un grupo de estudiantes solicitó oficialmente a las autoridades que se costeara la publicación de sus obras sin que el gobierno accediera a tal requerimiento. El tiempo y la justicia repararon tal situación, y hoy, en la ciudad de La Plata, se conservan todas las pertenencias del poeta en un museo que lleva su nombre y honra su memoria.

Su obra. — La producción almafueriana no posee ni extensión ni variedad. Así opina Ricardo Rojas, quien a su vez agrega que podría resumirse en tres volúmenes: el primero, compuesto por sus *Poesías*; el segundo, por sus *Evangélicas*; y el tercero, por sus *Discursos*. La división formulada es compartida con criterio unánime pues la labor del poeta es en este sentido perfectamente nítida.

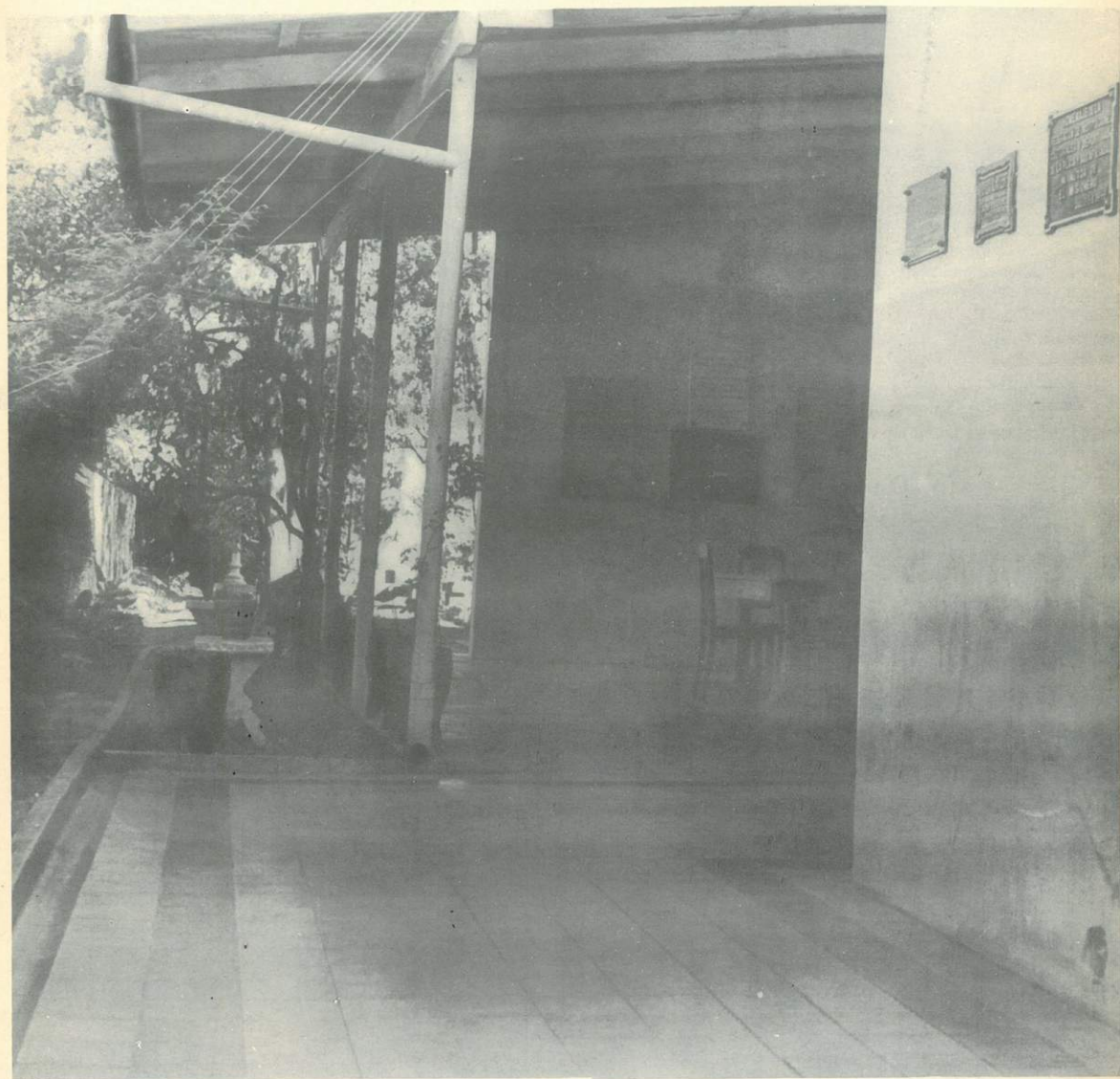
El mismo ímpetu, la misma pasión fogosa y exaltada que caracterizó su vida, el mismo arrebató, se reflejan en su prosa y en su verso. En ambos géneros vuelca su pensamiento con extrema sinceridad, sin que parezcan importarle las consecuencias y riesgos que puedan derivar de sus palabras.

En su prosa se advierten dos orientaciones distintas. Las *Evangélicas* son sentencias al parecer inapelables, concisas, directas, no carentes de agudeza y de ingenio. Su estilo recuerda al empleado por Vargas Vila en su libro *De los Viñedos de la Eternidad*, aunque es menos doloroso y profundo que el del discutido escritor colombiano. El lenguaje de Almafuer te es más ciudadano, se desliza hacia un tono menor, y sus problemas, contrariamente a los de Vargas Vila que se inclina a una meditación filosófica



Los hermanos Gismano, hijos adoptivos de Almafuer te

La existencia agitada de Almafuerte, su empedernida bohemia, la pobreza que signó casi toda su vida, marcaron también fuertemente su obra escrita, que pasaría a la posteridad con sus características de violencia expresiva, apasionamiento emotivo y énfasis oratorio.



Interior de la casa de Almafuerte en La Plata

desgarrada de tipo schopenhaueriano, son los problemas de la vida cotidiana. En sus *Discursos*, en cambio, se percibe un timbre romántico que se pierde en ocasiones detrás de una prosa declamatoria, señorial y por momentos afectada, muy siglo XVIII. Todo esto le quita espontaneidad y frescura a su lenguaje, y nos muestra un Almafuerte algo engolado y preciosista. Por otra parte, su sintaxis no es siempre adecuada, y utiliza largos períodos en los que mezcla la terminología académica con la popular, contradicción que produce un desnivel expresivo poco afortunado. Resumiendo, puede decirse que su lenguaje como prosista fue abundoso y excesivo en sus *Discursos*, y certero, ajustado y libre de trabas en sus *Evangélicas*. En éstas, se muestra más bien como un lírico; en aquéllas, como un orador afecto en cierto modo a una prosa de tinte barroco. Así, por ejemplo, en su discurso titulado: "En la recepción de los conscriptos del pueblo de Chacabuco" (1884), para dirigirse a jóvenes conscriptos a los que en su mayoría se presupone carentes de estudios superiores o universitarios, Almafuerte emplea términos rebuscados, altisonantes y a veces exageradamente pomposos, recurriendo a perifrasis y a largos períodos que, aparte su carácter literario, resultan inadecuados cuando no simplemente incomprensibles para el público a que se dirige.

En cambio, en sus *Evangélicas* el lenguaje es claro, transparente, sencillo: "Conduce tus propósitos a lo largo de las dificultades y las agresiones como el general a su ejército, y el gaucho a su arreo, esto es: sin olvidarte del destino que has elegido y sin desintegrar el núcleo de tus ideales, el beneficio de uno solo de ellos. Defiende tus intereses como defenderías —si eres noblemente organizado— los intereses de tu vecino confiados a tu honradez, inteligencia y laboriosidad. Vive la vida como una vida ajena; es decir: como quisieras que tu com-

pañero, que tu hermano, que tu hijo, vivieran la tuya. No hagas tragedia. No des a tus dolores las proporciones de una catástrofe, ni la resonancia de una entrada triunfal a cada una de tus glorias. No hagas punto final ni en el buen éxito primero, ni en el primer contratiempo: que tus derrotas y tus victorias te estimulen. Que tu vida sea justa y que tu muerte sea tachada de injusta. No seas frío como el témpano, ni abrasador como la boca del horno: la displicencia, lo mismo que los locos entusiasmos, son dos pequeñeces. Y si tu corona no llega nunca, no te vuelvas taciturno, agresivo y mal pensado; ni vayas a entregar a la madre tierra el cráneo roto del desesperado, o la pulpa adiposa del vicioso, ya hedionda antes de morir: que baje a tu sepultura el cadáver sin mortaja de uno que hubiera podido reinar y merecer el homenaje del mármol y del bronce".

Es indudable que la prosa más representativa de Almafuerte está en sus *Evangélicas* y no en sus *Discursos*. En aquéllas el lector percibe una expresión directa de lo sufrido, lo vivido, sostenido por un sentimiento sincero y potente; en éstos, lo madurado por el escritor con un afán académico frío y rígido. En uno está lo altamente sonoro pero con una resonancia no siempre auténtica; en lo otro, lo llamado pero penetrante. Sin embargo, Rubén Darío no vaciló en destacar su prosa: "en su última prosa —dice— Almafuerte escribe a frases cortas; emplea rápidas y expresivas metáforas; entre la palabra por la palabra, prefiere la idea por la idea"; y refiriéndose al corte de sus discursos, a su retórica, a sus énfasis y a sus repeticiones de frases, opina que "son completamente castellanos".

Almafuerte poeta. — En pocos casos la crítica ha manifestado opiniones tan dispares sobre una obra

Una anécdota de Almafuerte

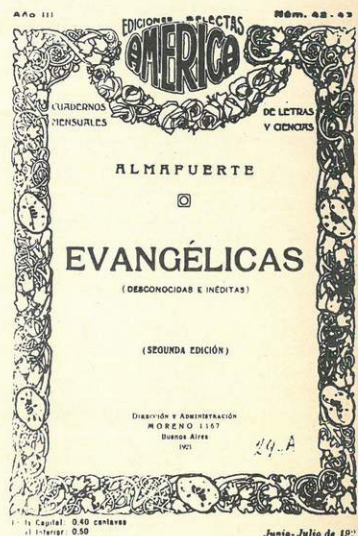
Alfredo J. Torcelli, en el prólogo a los *Poesías de Almafuerte* (Talleres Gráficos Argentinos, L. J. Rosso, 1933) relata la siguiente anécdota del poeta: "Una noche —vivía entonces Almafuerte frente a la plaza Alsina— se entró a su casa como a casa propia, un hombre joven, jadeante y azorado. Acaba de hurtar dos cortes de paño para traje de hombre y, como se le había sorprendido, se lo perseguía. La policía corría tras él pisándole los talones. Pero si casi a oscuras estaba la habitación de Almafuerte, iluminada con una sola candela, más a oscuras estaba la plaza, sin foco alguno de luz eléctrica. La policía quedó despistada. No se trataba de un ladrón profesional, sino de un infeliz obrero desocupado que, por más que lo buscaba, no encontraba trabajo para ganarse el pan y se pasaba días enteros sin probar bocado. Urgido por Almafuerte, le confesó todo, sin saber que hablaba con el poeta. Y Almafuerte, intensamente emocionado y llorando con toda congoja, lo mismo que lloraba el ladrón ocasional, le arrebató a éste los dos cortes de paño que constituían el cuerpo del delito y, como si el producto del hurto le quemase las manos, arrojó los dos cortes dentro de un baúl. —¡Aunque la policía se atreviese a penetrar en mi casa —que no ha de atreverse— ni la misma policía podrá sospechar jamás que en un baúl de Almafuerte puede estar escondido el producto de un robo!—, le dijo al obrero. Alimentó y alojó como pudo aquella noche al infeliz desocupado y al día siguiente lo proveyó de un boleto de ferrocarril para que se trasladase a Buenos Aires.

recomendándolo para que se le diese una ocupación cualquiera, fuese o no fuese de su oficio. Lo robado volvió a poder de su dueño; la policía se economizó el papel y el trabajo de un sumario; la justicia penal una sentencia dolorosamente condenatoria y la sociedad recobró un miembro útil."

como en el de Almafuerte. Las opiniones y los juicios son tan disímiles, que resulta casi imposible unificar criterios y optar por una valoración determinada. Lo único cierto es que no puede negársele su condición de poeta, pues lo fue por encima de sus errores y de los juicios exaltados de sus partidarios o sus enemigos. Es indudable que la misma naturaleza contradictoria y a veces fluctuante del poeta imprimió su sello en su labor creadora, dando motivo a la crítica para un permanente desacuerdo que se prolonga hasta nuestros días.

Darío no sólo lo comparó con el español Curros Enríquez, con Gavidia y con el mejicano Díaz Mirón, sino que sostuvo que como autor de "La Sombra de la Patria", puede considerarlo un "altísimo poeta"; aseguró también que pese a no poseer el academismo de Calixto Oyuela, ni la lírica feliz de Obligado, se lo podía estimar como a una de las manifestaciones más fuertes de su generación. Asimismo, creyó que su verso no servía para agradar por su violencia y energía, pero sí que fue el de un poeta vigoroso y lleno de franqueza. Sintetiza su creencia recordando que no se detuvo en las labores de mosaico, que huyó del artificio y que dijo lo que quiso porque así lo sintió. Para Darío, su inspiración no trepidó en mezclar piedras preciosas con guijarros, y si en ocasiones fue prosaico o incorrecto esto se debió a que su libertad de expresión no tuvo barreras.

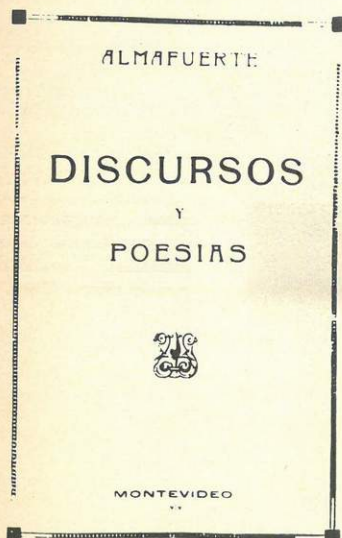
Una cosa se hace difícil negar en Almafuerte, y es que en su verso se preocupó más de expresar sus dudas, sus inquietudes, su dolor, que de objetivar una forma artísticamente valiosa. Espíritu atormentado, se interesó más en evidenciar su amargura o su desconfianza que en el logro estético del verso. Lo singular de su lirismo fue quizás una especie de utilización de la tensión romántica más



Portada de la segunda edición de *Evangélicas*



Página interior de la segunda edición de *Evangélicas*

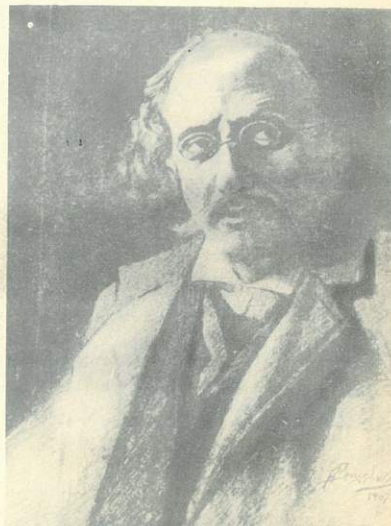


Portada de la edición de 1919
de Discursos y poesías

con fines utilitaristas que poéticos, adjudicándole así una militancia cívica o ideológica que hoy llamaríamos "comprometida".

Ricardo Rojas afirma que sus poemas "El Misionero" y "La Inmortal", son, entre toda su producción poética, los de "mayor aliento", debido a la significación de "las alegorías autobiográficas" que encierran; no por ello deja Rojas de citar composiciones como "Confiteor deo", "Jesús", "Olímpicos", "La Sombra de la Patria", "Vencidos", "La Canción del Hombre", "En el abismo", etc. Su verso revela siempre una construcción rica en polimetría, ya que usó gran variedad de medidas; los cuartetos endecasílabos, pentasílabos y heptasílabos, la décima, las redondillas, las quintillas, la octava real, los tercetos, el octosílabo, el cuarteto dodecasílabo y el soneto, fueron utilizados indistintamente por el poeta a todo lo largo de su obra, siempre enmarcada en el rigor métrico.

Si se tiene en cuenta el contenido, la poesía de Almafuerte, tomada en su conjunto, resulta desconcertante. La duda perenne en que vivió, sus esperanzas (cuando las tuvo), su desasosiego, su fe o su falta de ella, su creer en el ser humano o en Dios y su descreimiento en ambos, todo se refleja en un verso que sufrió las mismas oscilaciones y cambios de su autor. Por esto su temática, en cuanto a fondo, carece de total unidad ideológica; ora le rinde pleitesía al caído, al desamparado; ora se prosterna ante Dios; ora lo rechaza altivo y le recrimina su olvido del hombre. Por momentos se burla de todo, y en otros respeta a ese todo con fe y unción de creyente. En el "Dios te salve", una de sus piezas más características, reverencia al desventurado con amor profundo y le dice: "Al que tasca sus tinieblas; / al que ambula taciturno; / al que aguanta en sus dos



Almafuerte (dibujo de Faustino Brughetti, 1907)

Si la poesía de Almafuerte fue popular en su tiempo y mereció el juicio favorable de muchos de sus contemporáneos, no menos destacada, como expresión literaria, alcanzó a ser su prosa, que incluso recibió la opinión laudatoria de Rubén Darío.



Rubén Darío en 1900

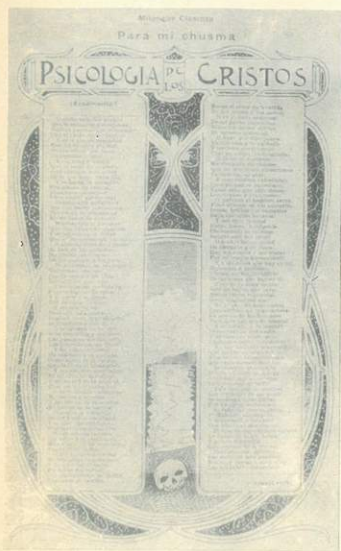
lomos —como el peso indeclinable, / de cien siglos; / de cien razas delinquentes—, / su tenaz obcecación; / al que sufre noche y día, / y en la noche hasta durmiendo, como el roce de un cilicio, como un hueso en la garganta, / como un clavo en el cerebro, como un ruido en los oídos, / como un callo apostemado / la noción de sus miserias, / la gran cruz de su pasión: / Yo le agacho mi cabeza; yo le doblo mis rodillas; / yo le beso las dos plantas; yo le digo: Dios te salve... / Cristo negro, santo hediondo, Job por dentro, / vaso infame del Dolor”.

El poeta se arroga el derecho de interrogar a Dios, y lo hace en un tono muy distinto al común; a veces es sumiso y otras altivo e irrespetuoso. Así ocurre en “¿Dónde estás Jehová?” para el último caso, y en “El Misionero” para el primero, donde el verso asume un tono sumiso y hasta dulce.

Pero lo que fue constante en él es una predilección intensa por lo popular y por las clases bajas, a las que, como Evaristo Carriego, cantó con simpatía en sus *Milongas*: “Yo voy a cantarte a ti / ¡oh mi chusmaje querido! / Porque lo vil y caído / me llena de amor a mí.”

El verso de Almafuerte es casi siempre triste, desolado, borrascoso, sin que por ello deje de ser caritativo y humilde. Llevado por el ímpetu de su espontaneidad, descuidó la excelencia formal, y pudo ser acusado, inclusive, de incurrir en errores gramaticales y de léxico. Esto es cierto, y podrían encontrarse ejemplos.

Se han señalado diversas influencias en la obra de Almafuerte. En general su tono posee los registros graves de la oratoria típica del romanticismo sentimental, en este caso bastante tardío. Ricardo Rojas cree descubrir en su verso la influencia inicial de



Poema de Almafuerte en
Caras y Caretas, el 20-10-1900



Dibujo de Almafuerte

Gustavo Adolfo Bécquer y de Ricardo Gutiérrez. Pero si supera a este último por la fuerza de su personalidad y la violencia a veces magnífica de su voz, capaz de triunfar aún dentro de la retórica que la envuelve, no podría decirse en cambio que logre en ningún momento la fina sustancia poética que sostiene internamente a las rimas del poeta español.

Se ha visto también en Almafuerte, como poeta, un grado de frustración que no deja de tener conciencia de sí misma. En un trabajo de Luis Alberto Ruiz (*Conjetura y enigma de Almafuerte*), se aventura la hipótesis de que lo hecho por Almafuerte no llegó a expresar lo que buscaba, hasta el punto de "haber sido un metro acercamiento a lo que quiso escribir". Es este sentimiento el que habría expresado el poeta en su famosa estrofa de "El Misionero": "Y a pesar de ser bálsamo y ser puerto, / de ser lumbre, ser manta y ser comida... / a mí nadie me amó sobre la vida, / ni nadie me honrará después de muerto."

De todos modos, Almafuerte ha sido una de las figuras, sin duda alguna, más fuertemente originales de fines y comienzos de siglo. Y es esta originalidad, unida a la fuerza combativa y polémica de su verso, la que le asegura una vigencia que todavía hoy se defiende o se discute.

Los críticos de Almafuerte:

Este estado de polémica todavía viva en torno a la obra de Almafuerte, se pone en evidencia en sus críticos. Veamos algunos casos.

Federico de Onís, en su *Antología de la poesía española e hispanoamericana* publicada en 1934, dice que

La paradójica humildad

Ególatra, soberbio, o repentinamente deprimido y triste, Almafuerte proclamó siempre su fe en la bondad inmediata y directa y, no sin cierto sarcasmo, su decisión de "dejar a otros" las grandes luchas y los "grandes ideales". En este sentido, se muestra modesto, humilde. No es un genio ni un salvador. Pero lo hace, además de cierto retintín burlón, con un tono saturado de orgullo y de autosatisfacción. Podría decirse que su humildad lo envanece. Esta paradoja configura buena parte del sistema de antinomias con que suele manejar sus versos, y da a veces resultados novedosos y eficaces. Tal lo que ocurre en algunos rasgos de este soneto algo irregular:

Ser bueno, en mi sentir, es lo más llano
y concilia deber, altruismo y gusto:
con el que pasa lejos, casi adusto,
con el que viene a mí, tierno y humano.
Hallo razón al triste y al insano,
mal que reviente mi pensar robusto;
y en vez de andar buscando lo más justo
hago yunta con otro y soy su hermano.
Sin meterme a Moisés de nuevas leyes,
doy al que pide pan, pan y puchero;
y el honor de salvar al mundo entero
se lo dejo a los genios y a los reyes:
Hago, vuelvo a decir, como los bueyes,
mutualidad de yunta y compañero.

El fanatismo almafuertiano

A propósito de lo desmesurado de los juicios que se emitieron sobre Alfauerte después de muerto y aun en vida del poeta, Rafael Alberto Arrieta dice en el estudio que le dedica a este autor en la Historia de la Literatura Argentina (1959), preparada y dirigida por él para la Editorial Peuser: "...el poeta tuvo y tiene fanáticos en quienes la devoción personal y la poética se truecan y confunden, hasta el punto de exasperarlos tanto al ataque irrespetuoso como la crítica razonada dirigidos al 'Maestro'...

Si hubo quien llegó a proclamar en vida del autor: 'muerto Hugo, muerto Nietzsche, muerto Ibsen, no hay en toda la tierra un genio más grande que éste', hubo asimismo quien, creyendo honrar su memoria, declaró sentirse 'en presencia de una grandeza que modificará la estética y la filosofía dentro de varios siglos venideros' y atribuyó al ídolo todos, los dones humanos y divinos.

"Característica de esos delirantes era anatematizar a los críticos que no compartían su desvarío. También la reacción justa y algo enconada contra ese fetichismo epidémico acentuó, sin duda, la rigidez de los censores y nubló la equidad de los comentaristas menos prevenidos. Además, Pedro B. Palacios murió durante el cuarto año de la primera guerra mundial, y su posición aliadófila, poéticamente realzada por el nada poético

Apóstrofe de 1915, dio fácil asidero a la germanofilia agresiva de algunos de sus detractores. Cabe recordar aun que la disidencia local cruzó el océano para reencenderse en España, donde el filólogo e historiógrafo Julio Cejador colocó, en altisonante artículo, a nuestro Alfauerte y a Gabriel y Galán sobre Darío. La preferencia, no sustentada por ninguna exposición demostrativa, determinó la réplica apasionada del poeta Emilio Carrere, quien, por otra parte, no pudo conocer al argentino, lo mismo que el propio Cejador, sino a través de una edición fragmentaria y espuria de su obra. La intervención de otros escritores, como Andrés González Blanco y Ramón Pérez de Ayala, sirvió para analizar en los círculos literarios madrileños el seudónimo apenas conocido del poeta revelado en ellos, un cuarto de siglo antes, por Emilio Castelar. "La vehemente discusión se mantiene todavía en la crítica argentina, si bien hay ya panegirista que admite partículas de ganga en el apóstol, y saeteros de ayer que reaparecen con cierta unción de conversos. Mientras tanto, la gloria no ha sido esquiua: calles, escuelas, instituciones y localidades del país se nombran con el seudónimo sonoro: biografías un poco fantaseadas se rozan con la aureola hagiográfica; el cinematógrafo las ha visualizado con intención patética. Agréguese el aprovechamiento proselitista: el viejo cantor criollo de la 'chusma', no obstante su arisca independencia, es fructuosamente utilizado por los casilleros doctrinarios."

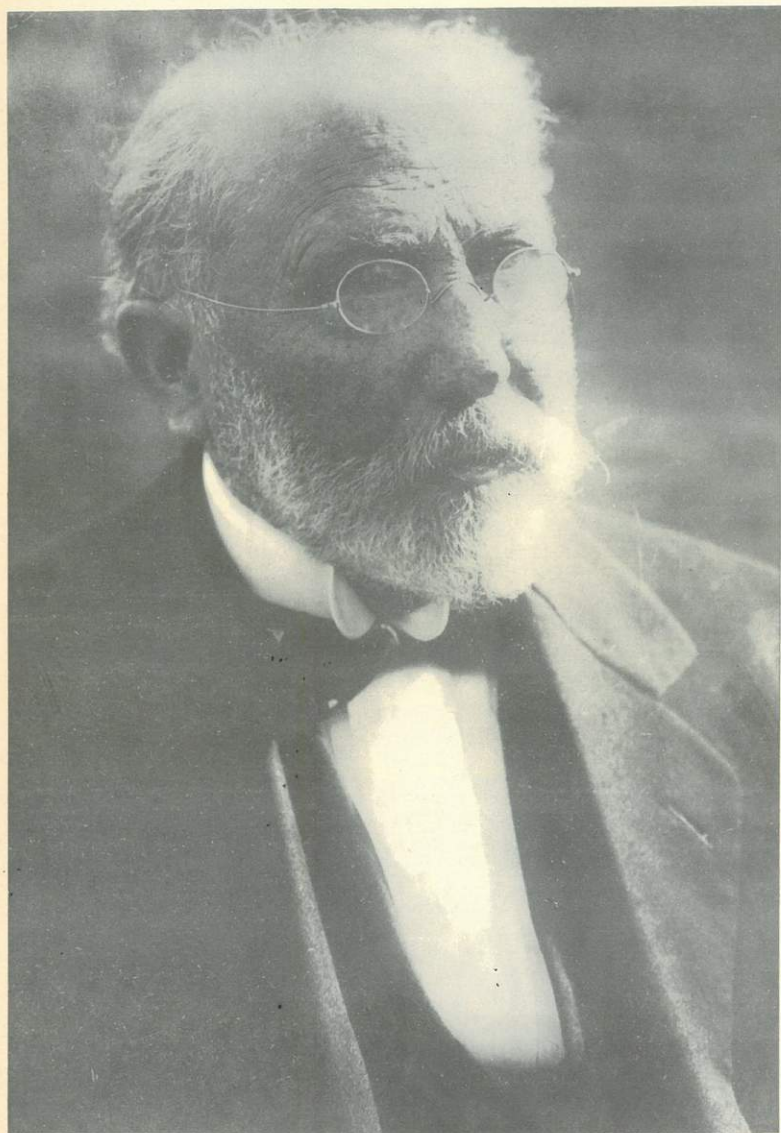


Festejos del fin de la primera guerra



mundial en Buenos Aires (foto de Caras y Caretas)

Es difícil estudiar a Almafuerte dentro de un movimiento literario determinado. Su personalidad solitaria y anárquica, su inclinación humanista y social y, en fin, su preferencia por lo objetivo y lo cotidiano, lo convierten en una figura única de su generación.



Almafuerte en una de sus últimas fotos

“cuando se leen las obras de Almafuerte, casi lo único que sigue interesando es este fenómeno local de su prestigio debido también sin duda a causas locales, puesto que no deja de tener originalidad aunque su ideología, sea vulgar y su arte pedestre”. El juicio, además de su rigor, muestra cómo el poeta ha sido en nuestra literatura un tema de actualidad desde su nacimiento como poeta, y desde su muerte como hombre, hasta hoy. Su manera de actuar y de decir, su carácter desconcertante (por momentos violento y huracanado y en otros tierno y taciturno), su corazón capaz de albergar el amor más puro y el odio más reconcentrado, sus reacciones más dispares, sus cambios espirituales, su vida ascética por instantes y en ocasiones ruidosa y notoria, han contribuido en buena parte a esta diversidad y contradicción que reflejan las opiniones críticas. “Hombre de pasiones violentas y militantes, despertó a su paso por el mundo, como todos los apasionados, odios y amores que lo han seguido más allá de la tumba”, afirmó Ricardo Rojas.

Su originalidad o no, su militancia combativa, atrajeron sobre él los conceptos y las definiciones más disímiles que se puedan pensar. Así, por ejemplo, el escritor y famoso orador español Emilio Castelar, al leer un poema que publicara en “La Nación” en 1893 lo llamó “el gran poeta anónimo de la lengua castellana”, el ya citado Ricardo Rojas afirma que “su idioma y su versificación adolecen de caídas que ponen al escritor por debajo del poeta y al artista por debajo del hombre”. El mismo Rojas señala que se equivocó muchas veces en su léxico y en su sintaxis gramatical, que tiene neologismos impuestos por la rima que no cuadran, frases y palabras inconexas, frecuentes claudicaciones verbales, vulgarismos, prosaísmos y fallas graves en la cons-

trucción de sus estrofas; asimismo, llama la atención sobre la vulgaridad de algunos de sus versos, sobre la deformación de su rima consonante, sobre su vulgar adjetivación, sobre los rípios en que incurre. Pero así como marca estos defectos, por otra parte admira la fluidez de ciertas estrofas y las imágenes vigorosas que consigue. Finalmente, Rojas justifica los desaciertos del poeta atribuyéndolos a la rusticidad de su temperamento y a la notoria insuficiencia de su cultura; "sus aciertos —dice— eran producto de su talento inspirado; sus caídas, el tributo de su cultura deficiente". Pese a lo dicho tiene palabras elogiosas, pues agrega al final del estudio que le dedica en el tomo VII de su "Historia de la Literatura Argentina": "Todos los reparos que acabo de hacer al carácter y a la obra de Almafuerte no tienden a negar su vigorosa personalidad sino a definirla. Fue un poeta sin duda alguna con rasgos de talento originalísimo. Más que un orador o un filósofo, había en él un lírico profundamente humano por sus dolores y sus sueños. Resistió al modernismo como a una cosa frívola; amó al pueblo como a una fuerza fecunda; no fue un artista ni un pensador, sino un hombre que desahoga su angustia en el verso, y hace del grito un canto".

Leopoldo Lugones, por su parte, destacó la personalidad de Almafuerte llamándolo "uno de los poetas más vigorosos y originales del continente, por su vivo dolor, por sus sombras de hondas tristezas, por las ansiedades de profunda nostalgia que templan su inspiración"; y agrega: "Los anatemas, las protestas, los apóstrofes, los lamentos violentos y vivaces que forman la trama psicológica de sus cantos se ve, se siente que emergen de la negra selva de sus penas".

Rubén Darío valoró también positivamente al poeta, y no vaciló en de-



Leopoldo Lugones (dibujo de 1918)

El juicio del tiempo

A Pedro Bonifacio Palacios le preocupó el juicio de la posteridad.

Es éste un rasgo que, más o menos visible según los casos, podría encontrarse en el fondo de todo creador.

En Almafuerte, la duda sobre su propia gloria suele confundirse con una misantropía que lo lleva a veces a exteriorizar ciertos contenidos de resentimiento. Así, cuando dice en "La Inmortal":

Yo a la necia humanidad
la menosprecio y desgarró...

Pero es que de esa misma humanidad el poeta espera su gloria. Y si la "menosprecia y desgarró", en cambio también solicita de ella una aprobación definitiva. Es lo que revela con su peculiar estilo, muchas veces afectado por una versificación y una rima fácil, en "Milonga clásica":

Aquí vuelvo entre mi grey
cual un César tragediante
a probar que, Dios mediante,
todavía soy un rey.

Aquí torno a mi redil,
a mostrar lo que yo valgo
cada vez que quiero y salgo
de mi clásico cubil.

Sin embargo, esta arrogancia se desvanece en ocasiones y da paso a una desolada sensación de fracaso. A mí nadie me amó sobre la vida / ni nadie me amará después de muerto, dice, por ejemplo, en "El Misionero". La verdad es que, a sesenta años después de su muerte, se le sigue discutiendo, estudiando y analizando. Hay en su obra una fuerza primitiva, una energía avasallante que bastó, a pesar de sus limitaciones formales o sus defectos de estilo, para asegurarle esa gloria por la que sufría y que, en el fondo, no es otra cosa que una capacidad para seguir despertando el interés de sus lectores y provocar a cada paso situaciones que hagan posible el juicio de la posteridad.



Pedro Henríquez Ureña

cir que la suya "es una voz que clama: es el imprecador; es en la tierra que ha nacido la eterna figura del vociferador que llega a turbar las fiestas de los dichosos. Habla de un modo que sorprende y asusta: otro que él estaría muy cerca del ridículo. El posee una coraza de sinceridad que le defiende de todo. No le he visto nunca; no le conozco personalmente. He preguntado por él a algunos que lo conocen. En resumen, me han hablando de un misántropo, o más bien, de un loco".

Al referirse a los poetas de América, Pedro Henríquez Ureña expresó en 1905 que quizás fuera Almafuerite, "el que más se acerca al tipo soñado de nuestro poeta, soberbiamente personal e incontrastable, apasionadamente patriótico en 'La Sombra de la Patria', profundamente humano en 'Cristianas'." Años más tarde completaría su opinión diciendo: "Almafuerite fue siempre un romántico impetuoso por su temperamento y su descuido de la forma, pero su estilo estaba lleno de originalidad y de novedad, acertada o no".

Ernesto Morales, en el prólogo que de sus obras realizó para la "Colección Escritores Argentinos" dirigida por Alberto Palcos (tomo XV), afirma entre otras cosas que se lo admiró y se lo negó siempre sin serenidad, no obstante lo cual el pueblo instintivamente lo veneró aun sin comprenderlo como si quien les hablara fuera un inspirado, un hombre sincero, un poeta con estro. Señala luego que la incultura y el mal gusto del poeta coartaron muchas veces su inspiración y su talento, motivo por el cual vivió en una continua contradicción mentalmente caótica. Con Ricardo Rojas coincide en que su riqueza metafórica corrió pareja con una adjetivación inútil, y que a los hallazgos de expresión le sucedieron fallas gramaticales notorias. Asegura

Almafuerite

FOR

Enrique Lavié

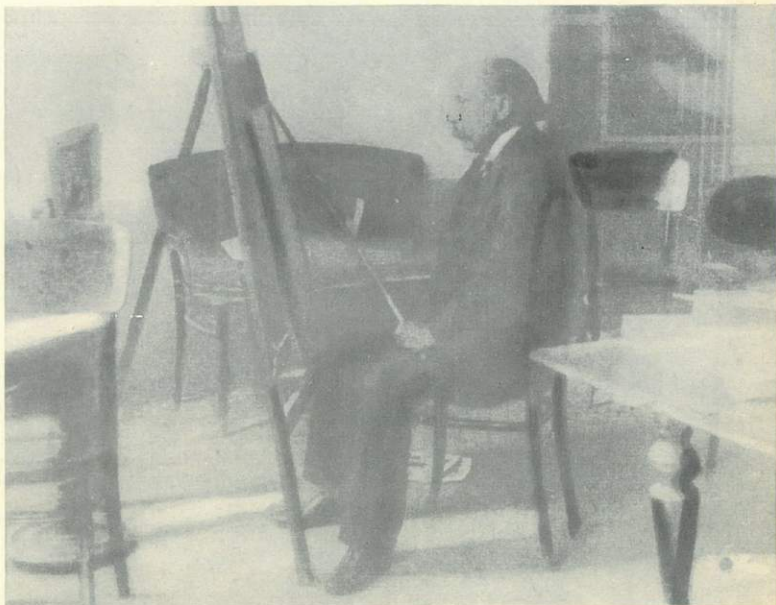


Ediciones Culturales Argentinas
MINISTERIO DE EDUCACION Y JUSTICIA
DIRECCION GENERAL DE CULTURA

Portada del Almafuerite de
Enrique Lavié

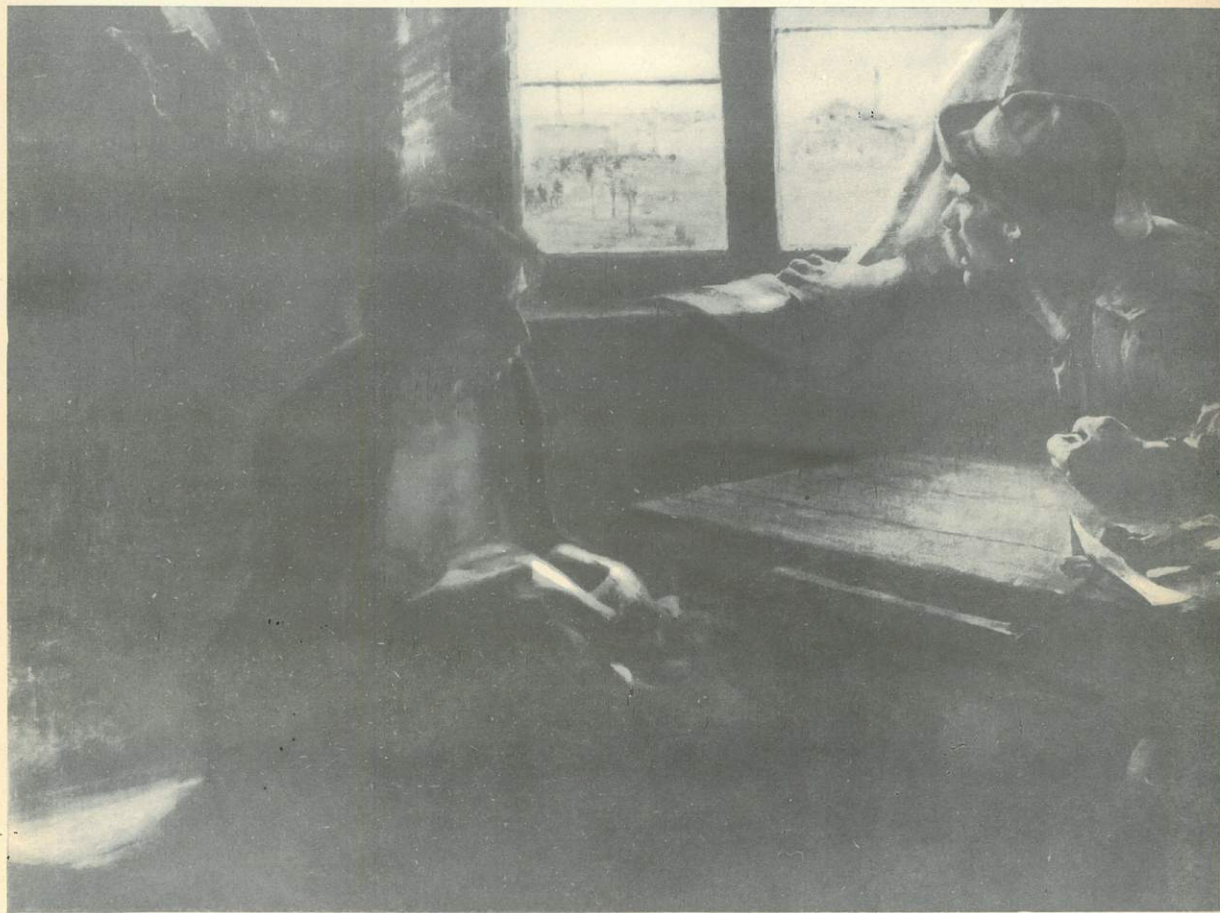
que el balance “da un Almafuerite positivo, lo suficientemente intenso para perdurar”, y que pese a la opinión de quienes lo clasifican entre los épicos, fue un “lírico mediatundo”. Concluye afirmando —aun cuando Almafuerite se declarara pesimista, ególatra, misántropo y misógino— que escribió con optimismo y con fe, con amor e ingenuidad y que, como todo grande, fue un alma religiosa cuyo culto era no toda la humanidad sino “la chusma sacra”.

Juan Mas y Pi, en 1916, en un estudio-prólogo de la personalidad del poeta y de sus obras, editadas por el “Centro Literario Jean Jaurès”, no vaciló en aplicarle el título de “Maestro de la Juventud”, y en sostener que en Sudamérica fue el único que supo extraer de hechos vulgares consecuencias divinas y geniales por medio de la musicalidad y de la perfección de sus versos. Fue, según su criterio, “el más progresivo y audaz de los poetas” y el que poseyó la concepción más clara y lógica de la vida sin importarle el ruido atronador de los hombres que “se aturden y malgastan sus fuerzas”. Creía que el ideal poético había encontrado en Almafuerite al mayor de sus sacerdotes ya que, desvestido de toda vanidad, pudo cumplir con su misión a conciencia. “Su obra —dice— pudo servir no sólo de modelo literario sino también de ejemplo en la vida”. Más adelante se aventura a pensar que fue el único capaz de dialogar con el espíritu de Guerra Junqueiro y afirma que tuvo una religiosidad sana y pura por el fin de progreso, de ascensión y de libertad total que lo caracterizaba. Piensa con relación a esto que Almafuerite era místico por naturaleza y que buscó la vida interesándose por ella y por el hombre que es quien la sintetiza. Finalmente consigna que “en sus tendencias elevadas amó lo bajo, lo caído, lo inno-



Almafuerite mientras dibujaba una ilustración para El Misionero

Una nota constante dentro de la producción de Almafuerte es la compasión hacia el dolor de los humildes, la búsqueda de lo humano aun en la miseria y el desamparo. Tal vez por ello muchos de sus poemas se tiñan de cierta emoción que no se transforma, sin embargo, en sentimentalismo.



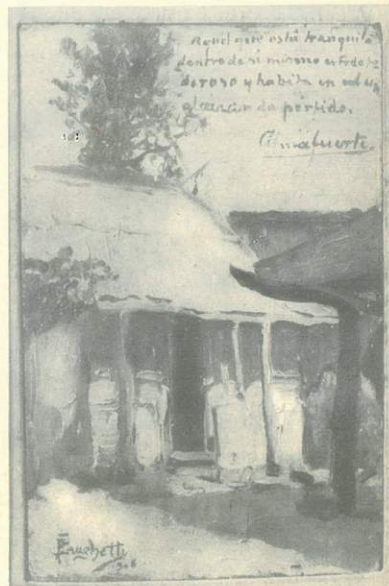
"Sin pan y sin trabajo" (Ernesto de la Cárcova, 1894).- Museo Nacional de Bellas Artes



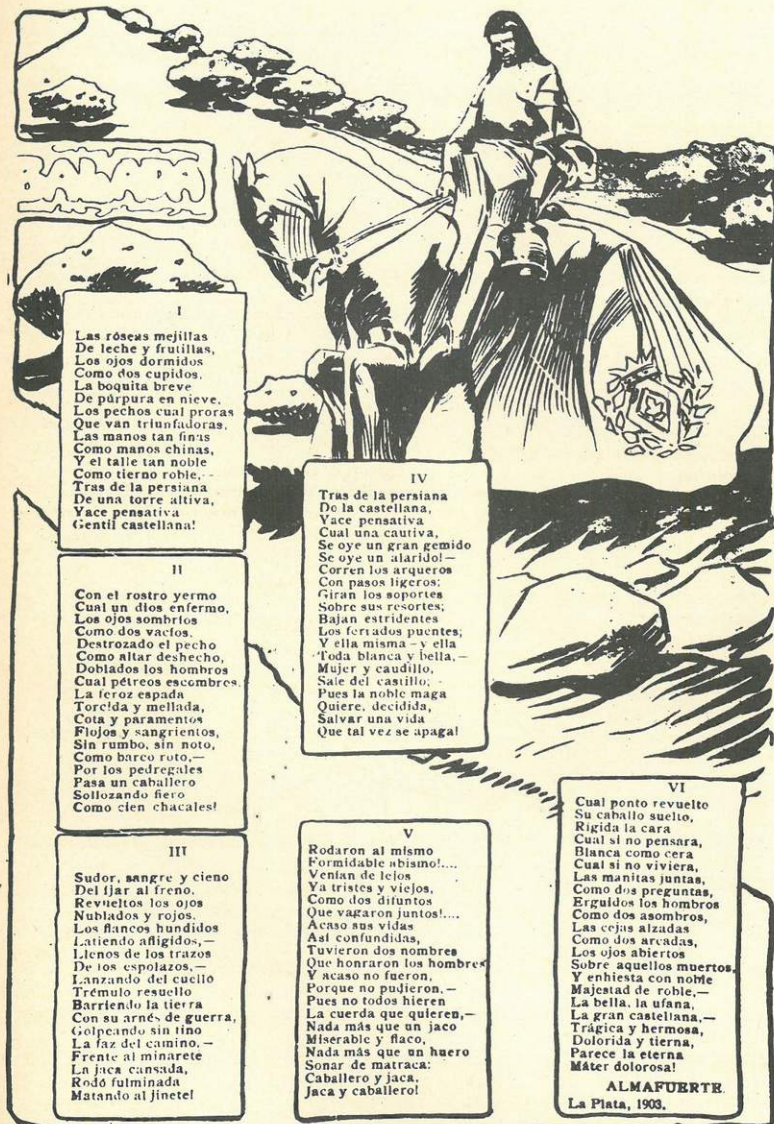
ble, no para cantarlo, como algunos poetas contemporáneos, en su bajeza y en su cobardía, sino para darle alientos, infundirle valor, comunicarle esperanza, tornarlo útil y digno". Almafuerite es, según juicio de Mas y Pi, el hombre que no miente porque la base de su credo humano fue la verdad eterna. Por todo lo dicho, lo cataloga como al "más pensador de los poetas sudamericanos".

La aseveración de Mas y Pi según la cual Almafuerite fue "el maestro de la juventud", es rechazada por Luis Alberto Ruiz. "No pudo ser en todo el sentido de la palabra el maestro de la juventud —dice— como lo calificara entusiastamente Mas y Pi... Sus paradojas sólo podían desconcertar a la juventud y a la masa, y su poderosa personalidad no iba a ser captada en toda su grandeza sino por muy pocos". En cuanto a los temas del poeta, se inclina a sostener que no fueron vulgares como muchos manifiestan, sino eternos, ya que los extrajo de los libros primeros de la humanidad.

Por su parte, el poeta y ensayista Enrique Lavié, en su estudio sobre Palacios ("Ediciones Culturales Argentinas" del Ministerio de Educación y Justicia), opina de modo similar a Ruiz. Cita a Joaquín V. González, quien sostuvo que "Almafuerite fue un profeta, un maestro, un alto y luminoso guía de la conciencia colectiva". Lavié discrepa con este juicio y lo basa "en la postura eminentemente individualista" de quien, en su concepto, "no fue nunca un poeta popular" ni "jamás aspiró a serlo". Sostiene que el pueblo sólo le preocupó "como símbolo viviente de sus poemas, como cifra feliz de sus abstrantes ecuaciones mentales, de sus genialidades, de sus desvarios, pero nunca descendió hasta el pozo de sus miserias, puesto que nada conmovía la orgullosa reciedumbre del baluarte de su individualidad".



Casa de Almafuerite en Tolosa
(óleo de Faustino Brughetti)



Poema de Almafuerte en Caras y Caretas, el 14-2-1903

Ubicación del poeta en la literatura nacional. — Lo cierto es que la obra de Almafuerte aparece fuertemente insertada en el proceso de nuestra historia literaria, y que el capítulo que ésta le destina no es de los más breves ni marginales. En modo alguno se trata de una figura prescindible. Por el contrario, su sola individualidad es fundamental para completar ese rico y variado mosaico que forma la literatura, donde surge y se desarrolla la personalidad de Pedro Bonifacio Palacios, desarrollándose en el momento en que las letras, lanzadas hacia adelante por la gente del 80, penetran los nuevos tiempos del modernismo que soplan con violencia de renovación y lucha. Sin embargo, no puede ser incluido ni en la llamada generación del 80 ni en el movimiento modernista.

De este último, al que Almafuerte consideró como un "afeminamiento del arte", lo separan dos características fundamentales: la primera consiste en su continuado esfuerzo por quitar a la poesía esa universalidad, o quizás más exactamente, ese cosmopolitismo que era típico del modernismo; y la segunda, en rigor una consecuencia de la primera, en su predilección por los materiales más simples, temas más populares, ideas más objetivas que subjetivas, elementos más reales que imaginarios, y esquemas en un todo mucho menos complicados que los de la poesía modernista. Así, por ejemplo, la poesía de Darío trató en la mayoría de los casos de perseguir lo profundo, lo metafísico; de desentrañar el misterio del hombre y el de su origen como en ese "No saber adónde vamos / ni de dónde venimos". Pretendió buscar lo infinito y de hacernos conocer los grandes interrogantes de la vida;

buscó la sugerencia de lo misterioso sin que en ello dejara de intervenir un afán indagatorio que se movía a veces en el conflicto de lo terrenal y lo divino. Este intento traía aparejada inevitablemente una tendencia a la meditación, al padecimiento de incertidumbres, que únicamente podían dirigirse hacia la universalidad de los conceptos o de las formas. Almafuerde, por el contrario, si bien hubo de sentir en mayor o menor grado estas inquietudes, no trató de ahondarlas y mucho menos de descifrarlas. Sus temas no mantienen un constante nivel de elevación, lo que no quiere decir que no los tuviera. Como corolario, sus observaciones y sus aciertos se orientaron más a lo objetivo y a lo cotidiano. Buscó al hombre en su miseria y en su pobreza, en su desaliento y en su dolor, pero para dar testimonio de sus lacras y no para indagar sus causas. Vivió, o por lo menos prefirió, una realidad tangible a lo inalcanzable del misterio. Como ya se ha dicho, sintió y cantó la angustia de los demás, pero no la compartió ni la hizo suya más allá de la propia. Así fue cómo se apartó del resto de los poetas y se convirtió en una especie de ejemplar único en su época. Debe insistirse en este punto, pues es en muchos aspectos revelador del carácter de su poesía.

En cuanto a la generación del 80, si bien por su edad y por la época en que comenzó su obra podría pertenecer a ella, por su peculiar estilo y su total falta de contacto no sólo físico sino intelectual con los escritores de la *élite* porteña de entonces, debe ser considerado fuera de ese grupo de novelistas, conversadores y eruditos. Lo que no impide que en la raíz de su estructura intelectual exista también en él el marco histórico-cultural dentro de cuyo contexto se produce la literatura de fin de siglo. Es



Dibujo a lápiz hecho por Almafuerde de su sobrina

Almafuerde y la mujer

Mucho se ha hablado de la misoginia de Almafuerde, del odio que sentía hacia las mujeres o, acaso, de la falta de interés por el sexo opuesto. Eso dio pie para que se sostuviera que no sólo no gustó de ellas sino que las rechazó de plano sin intentar acercárseles desde ningún punto de vista: físico o espiritual. Al respecto, Luis Alberto Ruiz (obra citada) lo atribuye al hecho "de una nunca probada pero presentida imposibilidad sexual", lo que habría creado en el poeta la idea de una vida "destinada a la traición o la infidelidad forzosa de cualquier mujer". Ricardo Rojas habla de "su largo celibato, de su misoginia confesada y de su castidad notoria". Más expeditivo aún se muestra Enrique Lavié quien, en el trabajo aludido, afirma que "este terrible misántropo del amor no dejó traslucir nunca, en ningún acto de su vida, inclinación favorable hacia el bello sexo"; y agrega: "Almafuerde no conoció el amor: piensa 'que se amó a sí mismo con devorante furia personal', pero aclara sobre el particular que 'la carencia de datos fidedignos inhibe al investigador la formulación de datos concretos'. Esta última afirmación de Lavié parece la posición más acertada con relación al problema. Sin embargo, en su poesía se encuentran alusiones de tipo amoroso. Así, en "Olvidate de mí", su primer poema publicado en enero de 1874 en *Tribuna*, dice: "Siempre en la idea este fatal pasado, / siempre el recuerdo de este amor conmigo, / que debiera olvidar —y no he olvidado, / que quiero maldecir —y no maldigo!... / ¿Por qué en el viaje triste y desolado, / que mi existencia solitario sigo, / siempre ha de ser presente mi pasado / y ha de estar este amor siempre conmigo?". Hay otros testimonios, en sus poemas,

de que amó y pudo no ser correspondido:
 “¿Acaso el que me roba tus caricias / te
 habrá petrificado? / ¿Acaso la ponzoña
 del leteo / te inyectó a su
 contacto? / ¿O pretendes probarme
 en los crisoles / de los celos amargos, / y
 me vas a mostrar cuánto me quieres, /
 después entre tus brazos?... / No se
 prueban así, con ignominias, / corazones
 hidalgos! / No se temple el acero
 damasquino / metiéndolo en el fango! / Yo
 te alcé en mis estrofas, sobre todas, /
 hasta rozar los astros: / tócale
 a mi venganza de poeta, / dejarte
 abandonada en el espacio!”.

decir, una filosofía democrático-liberal entonces en plena expansión desde el poder, que puede ser controvertida en parte pero que en Almafuerte delata, por ejemplo, su profunda adhesión en la incondicional admiración que le profesó a Sarmiento, y en los mismos ideales de justicia y amor por el oprimido, forma esta última que no hace más que desarrollar hasta los extremos más radicales los ideales propios de la Revolución Francesa y del librepensamiento que le es afín. En este sentido, podría decirse que Almafuerte fue, en esa época de liberales más o menos extremados según su matiz se volcara hacia la derecha o la izquierda, un jacobino del liberalismo.

No puede, pues, incluirse ni en la llamada generación del 80 ni en el modernismo. Pero tampoco desgajarlo totalmente de ambos contextos. En lo que respecta al modernismo, por ejemplo, pueden encontrarse en la poesía y la prosa almafuertianas imágenes que bien podrían ser adscriptas a la tendencia modernista dentro de su faz rubendariana. Debido a ello, se lo ha juzgado también como un precursor, en la Argentina, de ese movimiento. Así, por ejemplo se pronuncia Arturo Berenguer Carisomo en su *Historia de la Literatura Argentina y Americana*, al juzgarlo como “un precursor del movimiento modernista, máxime si consideramos que su poesía social, ideológica, contaminó las primeras épocas de Leopoldo Lugones, poeta ya francamente colocado dentro del modernismo”.

Por último, no ha faltado quien englobara la obra de Darío dentro de la de los últimos románticos, aquellos que continúan la tradición iniciada por Echeverría y la generación del 37, continuada luego por poetas como Rafael Obligado, de quien Al-

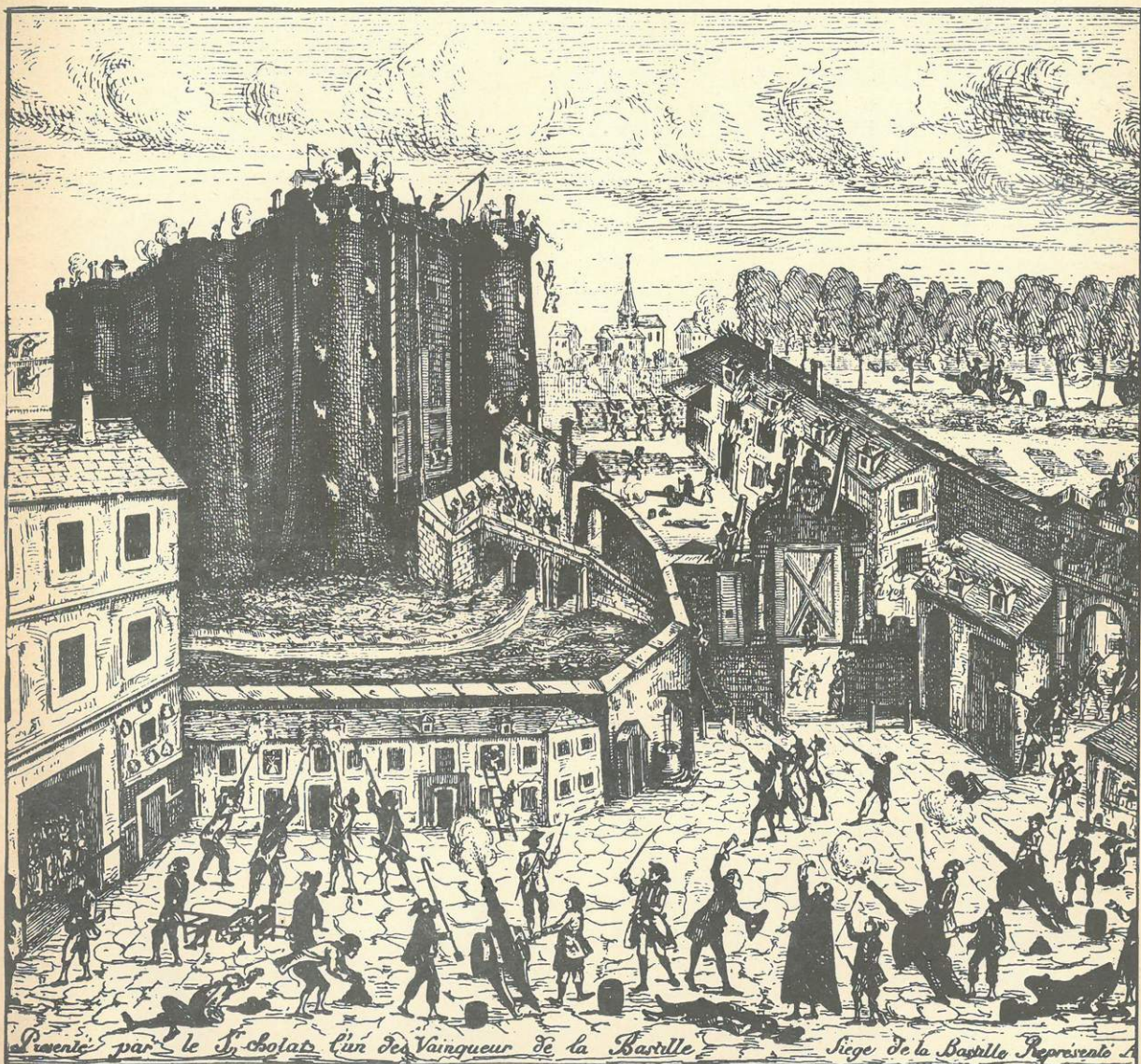
mafuerte fue un contemporáneo. Pero si bien no dejan de reflejarse en sus versos y su prosa —como ocurre por lo demás con cualquier escritor de la época— rasgos de tipo romántico, está muy lejos de participar de esta corriente, una de cuyas notas esenciales fue la de un nacionalismo literario expresado bajo influencia francesa y sobre todo por la temática y la predilección por una mitología extraída en buena parte de la tradición gauchesca. Lo más acertado en definitiva, parece ser, en la apreciación crítica de la obra de Almafuerte dirigida a precisar su ubicación en la estructura histórica de la literatura argentina, tener en cuenta la intervención fundamental de esos tres ingredientes:

a) Liberalismo acentuado con raíces comunes en el marco cultural de la generación romántica.

b) Rasgos románticos más bien de origen general y especialmente español (Espronceda, Castelar, etc.), coincidentes con el marco indicado en el punto anterior.

c) Anticipaciones modernistas, en parte producto de intuiciones personales y en parte producto del contacto, aun combativo y de impugnación, con las formas introducidas y definidas por Darío.

A todo esto, cabe agregar la clave fundamental: la personalidad singular y fuertemente individualista, de rasgos anárquicos, de Almafuerte, que lo hace reaccionar a toda clasificación de generación o grupo. Condición que, sin elevarlo ni disminuirlo por sí misma ante la literatura de su época, lo convierte en uno de esos extraños casos que en la literatura de un país suelen darse sólo muy de tarde en tarde.



Dibujado copiado del natural y que representa la toma de la Bastilla

Bibliografía Básica

De Almafuerte:

Lamentaciones, La Plata, 1906.

Evangélicas, Buenos Aires, 1915 (Ediciones Mínimas, Cuadernos Mensuales de Ciencias y Letras).

Almafuerte y la guerra, Buenos Aires, 1916.

Poesías y un estudio-prólogo de la personalidad del poeta y sus obras. Por Juan Mas y Pi. Buenos Aires, 1916.

Poesías completas. París, 1917 y 1928, 2 vols.

Nuevas poesías y Evangélicas. Con un estudio de Alfredo Palacios. Montevideo, 1918.

Espigas, Buenos Aires, 1919.

Obras completas... Recopiladas por Alfredo J. Torcelli de acuerdo a los textos definitivos del autor. Buenos Aires, 1928 (Grandes Escritores Argentinos).

Discursos completos. Buenos Aires, 1933.

Con estudio preliminar de Sergio Bagú. *Poesías*. Primera compilación hecha en presencia de textos originales. Buenos Aires, 1933.

La hora trágica. La Plata, 1937.

Obras completas de Almafuerte. Evangélicas-Poesías-Discursos. Estudio preliminar de Luis Alberto Ruiz. Buenos Aires, 1951 (Colección Argentinia, 2).

Obras de Almafuerte. Ordenadas y anotadas por Romualdo Brughetti. Buenos Aires, 1954.

Sobre Almafuerte:

Arrieta, Rafael Alberto, *Historia de la literatura argentina*, dirigida por [...]. Buenos Aires, Peuser, 1959, t. III.

Berenguer Carisomo, Arturo, *Historia de la literatura argentina y americana*. Buenos Aires, Ed. Luis Lasserre, 1960.

Billone, Vicente Atilio, "Vida y obra de Almafuerte" en *Humanitas, Revista de la Facultad de Filosofía y Letras* (Tucumán, año III, nº 7, 1956).

Brughetti, Faustino, "Almafuerte en mi

recuerdo", en *Revista de Educación* (La Plata, enero-febrero de 1948).

Brughetti, Romualdo, *Vida de Almafuerte, el combatiente perpetuo*. Buenos Aires, Peuser, 1954.

Di Paola, L., *El espíritu teológico de Almafuerte*. Publicación conjunta de la Municipalidad de La Plata y de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de La Plata, 1963.

Gálvez, Manuel, *Amigos y maestros de mi juventud*. Buenos Aires, 1944.

Giusti, Roberto F., [Sobre Almafuerte: su personalidad y su obra, de Victorio M. Delfino] en *Nosotros*, enero de 1918.

Henríquez Ureña, Pedro, *Las corrientes literarias de la América Hispana*. Buenos Aires, 1949.

Isaacson, José, *Poesía de la Argentina, de Tejeda a Lugones*, presentación y notas de [...]. Buenos Aires, Eudeba, 1965.

Lavié, Enrique, *Almafuerte*. Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1962.

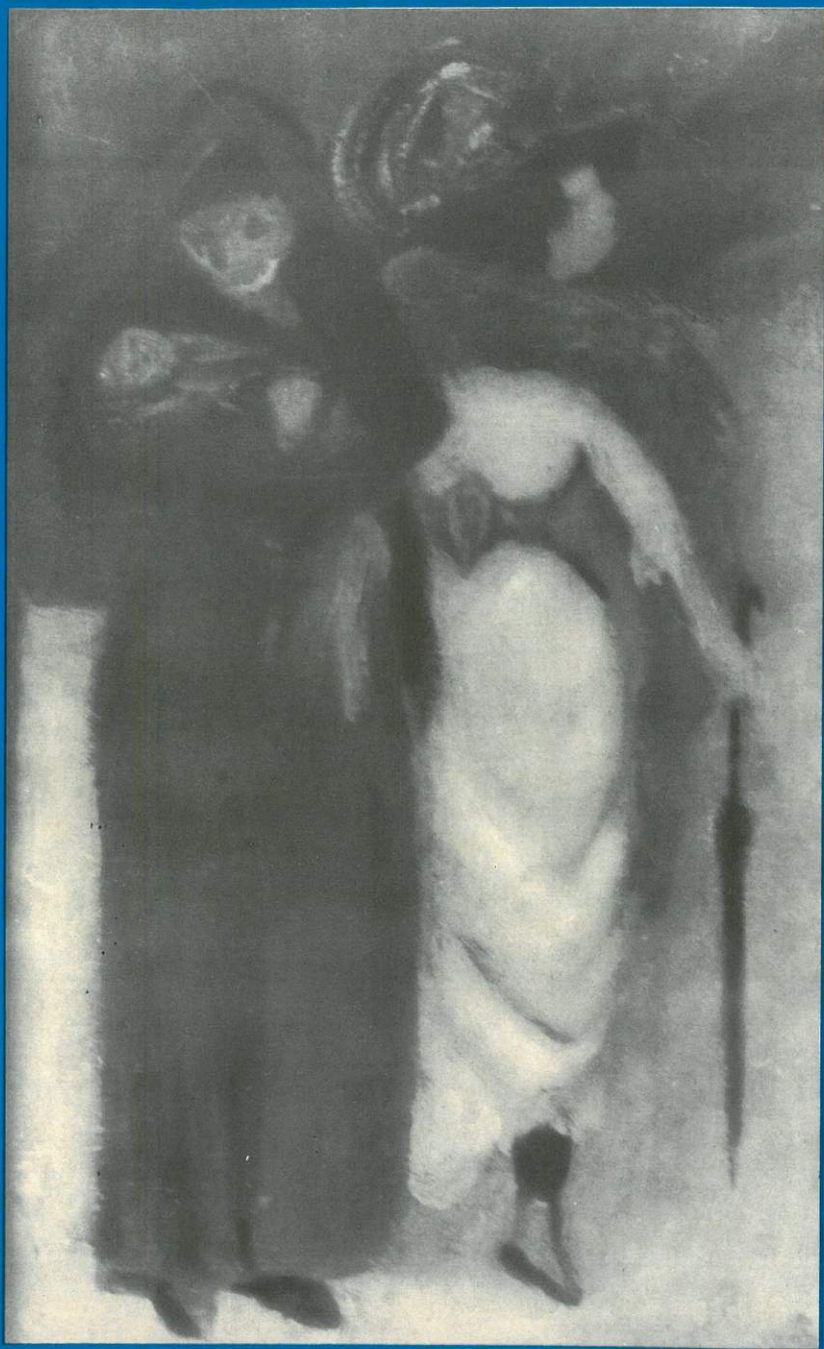
Mas y Pi, Juan, *Almafuerte*, La Plata, 1907.

Id., *Los maestros de la juventud*. Montevideo, 1921.

Palcos, Alberto, "El primer poema de Almafuerte" en *Nosotros*, 1931.

Rojas, Ricardo, *Historia de la literatura argentina*, t. VII "Los Modernos". Buenos Aires, Ed. Kraft, 1960.

Vázquez Cey, Arturo, "La obra poética de Almafuerte" en *Humanidades* (La Plata, tomo X, 19255).



CAPITULO

La historia de la literatura argentina

Todas las semanas aparece una nueva entrega, que consta de un fascículo y un libro. Cada fascículo da un panorama completo de un autor o un período; el libro correspondiente da una obra completa o una antología representativa de dicho autor o período. Los fascículos en su conjunto constituirán la "Historia de la literatura argentina" propiamente dicha; los libros constituirán la "Biblioteca Argentina Fundamental". La obra integra —Historia más Biblioteca— se publicará en 56 semanas. He aquí el plan de la obra.

ENTREGA

FASCICULO

LIBRO

- | | |
|---|----------------------------------|
| 1 | Introducción: Los orígenes |
| 2 | Introducción: El desarrollo |
| 3 | Introducción: Los contemporáneos |

Martín Fierro - J. Hernández - 192 págs.
La gallina degollada y otros cuentos - H. Quiroga - 128 págs.
El perseguidor y otros cuentos - J. Cortázar - 144 págs.

Primera parte

- | | |
|----|---|
| 4 | Epoca colonial: del Renacimiento al Barroco |
| 5 | Epoca colonial: la Ilustración y el Seudoclasicismo |
| 6 | La época de Mayo |
| 7 | Nacimiento de la poesía gauchesca |
| 8 | La época de Rosas y el romanticismo |
| 9 | Echeverría y la realidad nacional |
| 10 | El nacimiento de la novela: Mármol |

Los fundadores - Antología - 96 págs.
La literatura virreinal - Antología - 120 págs.
La lira argentina - 96 págs.
Cielitos y diálogos patrióticos - Hidalgo - 80 págs.
La época de Rosas - Antología - 120 págs.
El matadero y La cautiva - Echeverría - 120 págs.
Amalia (primera parte) - Mármol - 400 págs. (Vol. Esp.)

- | | |
|----|--|
| 11 | El nacimiento de la crítica: J. M. Gutiérrez |
| 12 | La prosa romántica: memorias, biografías, historia |
| 13 | El ensayo en la época romántica |
| 14 | El ensayo: Domingo Faustino Sarmiento |
| 15 | Desarrollo de la poesía gauchesca |

Amalia (segunda parte) - Mármol - 300 págs.
Memorias del General Paz - Selección - 120 págs.
El ensayo romántico - Antología - 108 págs.
Facundo - Sarmiento - 200 págs.
Santos Vega - Ascasubi - Fausto - Del Campo - 108 págs.

- | | |
|----|--|
| 16 | José Hernández: el Martín Fierro |
| 17 | La segunda generación romántica: la poesía |

Escritos en prosa - Hernández - 92 págs.
Versos románticos - Antología de Gutiérrez y Andrade - 120 págs.

- | | |
|----|--|
| 18 | Lucio V. Mansilla |
| 19 | La generación del ochenta: las ideas y el ensayo |

Una excursión a los indios ranqueles (primera parte) - L. V. Mansilla - 320 págs. (Vol. Esp.)
Una excursión a los indios ranqueles (segunda parte) - L. V. Mansilla - 240 págs.

- | | |
|----|---|
| 20 | La generación del ochenta: la imaginación |
| 21 | La "prosa ligera" y la ironía: Cané y Wilde |
| 22 | El naturalismo: Eugenio Cambaceres |
| 23 | Los últimos románticos |

Juvenilia - Cané - 124 págs.
Sin rumbo - Cambaceres - 144 págs.
Antología poética - Guido y Spano y Obligado - 96 págs.

FASCICULOS QUE APARECERAN POSTERIORMENTE:

Segunda parte: 24. La vuelta del siglo: Alfafuente - 25. El modernismo - 26. Leopoldo Lugones - 27. Modernismo y narrativa: Enrique Larreta - 28. Realismo y picaresca: Roberto J. Payró - 29. Modernismo y naturalismo: Horacio Quiroga - 30. Ricardo Güiraldes - 31. El teatro en la vuelta del siglo: Florencio Sánchez - 32. El teatro: Gregorio de Laferrere - 33. La poesía en el avance del siglo - 34. Feminismo y poesía: Alfonsina Storni - 35. La poesía de Enrique Banchs - 36. Fernández Moreno: el sencillismo - 37. Realismo tradicional: narrativa urbana - 38. Realismo tradicional: narrativa rural - 39. El movimiento de **Martín Fierro** - 40. Florida y la vanguardia - 41. Boedo y el tema social - Tercera parte: 42.

La novela moderna: Roberto Arlt - 43. Madurez del teatro: Samuel Eichelbaum - 44. El ensayo moderno: Ezequiel Martínez Estrada - 45. La crítica moderna - 46. Intelectualismo y existencialismo: Mallea - 47. La novela experimental: Marechal - 48. La narrativa fantástica: Borges - 49. La poesía: la generación del 40 - 50. La poesía social después de Boedo - 51. Desarrollo de la narrativa: la generación intermedia - 52. La generación intermedia en teatro: los teatros independientes - 53. La generación del 55: los narradores - 54. Las nuevas promociones: el ensayo - 55. Las nuevas promociones: la novela; la poesía - 56. Índice general.

Oportunamente se suministrarán portadillas con títulos de tomos y capítulos para que los fascículos puedan encuadernarse. La Dirección se reserva el derecho de sustituir cualquiera de los títulos anunciados.

Para el material gráfico del presente fascículo, se ha contado con la cortés colaboración del Archivo Gráfico de la Nación, de la Biblioteca Nacional y del Museo Histórico Nacional.